

La Noche Cuando



Mi Abuelita Predicó

por Benjamín Talbott

(Mi abuelita era una predicadora de la iglesia de los Amigos, bien conocida, tanto en Inglaterra como en América)

Doctor Walter durante muchos años había servido fielmente a todos nosotros los campesinos que vivíamos en el valle, y la noche cuando nos dijeron que él había dispuesto trasladarse a vivir en la ciudad, era una de las noches más tristes de nuestras vidas. Perder al fiel médico era pérdida grande, pero perder también a nuestros amiguitos, Jaime y Sarita sus hijos, y Lasie su buena perra con sus perritos, era pérdida irreparable.

Era una de aquellas noches de enero, tan helada como si fuera del Polo Norte. El doctor había llegado a ver a Betty nuestra hermanita, que se encontraba muy enferma. Mamá le ofreció una silla cerca de la chimenea en donde le suplicó que se sentara para “deshelarse”.

“Dicen que nos va a abandonar” dijo Mamá, “Pero no es cierto ¿verdad, Doctor?”

“Siento decirlo, pero es cierto, Doña Marta”, dijo el doctor frotándose sus manos heladas delante del fuego. “La ciudad ofrece mejores oportunidades y yo necesito ganar más dinero para sostener a la familia”.

“Ganar dinero, sí” dijo Mamá, “pero en la ciudad abunda la maldad y sus hijos no tendrán donde jugar más que en la calle. Allí no hay grama, árboles, riachuelos . . . ni Dios”.

“Todo eso lo he pensado, pero . . .” y dirigiéndose a mí, el doctor me dijo: “Esto te traigo, Benjamín. Está enfermo, pero si tú lo curas y lo cuidas, creo que lo puedes lograr”, y con esto sacó de su bolsa uno de los perritos de Lasie.

¡Curarlo y cuidarlo! Me sobraba voluntad de hacerlo y por el más bonito trineo tobogán de las ferreterías del pueblo yo no hubiera cambiado a este perrito enfermo.

Después de que el doctor se había retirado, yo dije a Mamá: “Lo vamos a llamar Consuelito porque nos va a consolar después de que el doctor y su familia se hayan trasladado.

“¡Bien pensado!” dijo Mamá colocando un chal viejo en un rincón cerca de la chimenea como cama para Consuelito.

Si el cariño y caricias fueran medicinas, Consuelito hubiera amanecido sano y feliz. Pero no fue así. Todo el día el perrito resollaba y estornudaba y Betty pasaba el día lloriqueando en su cuna, y esto aún después de que la Abuelita llegó a visitarnos.

“¡Ojalá! que el doctor supiera que Betty está fuera de peligro” dijo Mamá apenada, a la Abuelita. “Pero ya se fue . . . ya se fue”, y su voz desfalleció.

“Vamos a orar por ella”, dijo la Abuelita queriéndola animar.

“Tú supiste que te necesitábamos acá”, dijo Mamá.

“No”, contestó la abuelita, “pero cuando me encargaron el servicio en la iglesia para esta noche, sentí que el Señor mismo me estaba hablando y salí tempranito con tal de poder visitarles un rato antes del servicio”.

Claro que yo no pude pedir que la Abuelita orara por Consuelito cuando ella oró por Betty, pero yo en voz bajita pedía por mi perrito.

“Pero, Abuelita, ¿cómo va a ir a predicar en esta tormenta de nieve – esta gran nevasca?” le pregunté con una esperancita de que ella desistiera de irse y se quedara con nosotros. Yo siempre sentía más seguro cuando la Abuelita estaba en casa, especialmente cuando Papá no estaba. Pero la Abuelita sonrió y dijo:

“Cuando Dios dice ‘Ve’, Abuelita tiene que ir. No cabe duda que alguien necesita oír la Palabra de Dios esta noche. De todas maneras la iglesia no está muy lejos”.

Así era, cuando Dios mandaba a la Abuelita irse, todo el mundo sabía que ella se iba. Así salió. Desapareció entre la rugiente tormenta. Y ¡a pie! con sólo una linterna de gas para alumbrar el camino. Otra vez la casa quedó vacía y la noche muy triste.

La siguiente mañana encontré a la Abuelita que estaba sentada cerca de la chimenea. No cabe duda que manifesté sorpresa al verla otra vez en casa, pero de todas maneras me saludó y me dijo: “Buenos días, Benjamín. No había persona que me acompañara de la iglesia por lo tanto yo me quedé allí toda la noche.

Me acerqué al aparador y tomé un trastecito en que calenté un poquito de leche.

“¿Para quién es esto? Mamá me preguntó guiñando el ojo a la Abuelita.

“Es para Consuelito”, le contesté. “Me regala un biberón viejo de Betty?”

En ese momento se abrió la puerta de la cocina y entró un hombre hecho puro muñeco de nieve. En expresar su sorpresa Mamá fue primera.

“Hola, Doctor”, gritó. “El Señor mismo le ha enviado. Nuestra nena sigue muy mal”.

Sin perder ni un solo momento, el médico comenzó a trabajar pero mientras trabajaba hablaba. “No pudimos trasladarnos ayer. Esta tormenta enfurecida no nos permitió hacerlo. Hice el intento de llegar a ver a Betty anoche pero me perdí. Durante una hora entera anduve desorientada en la nevasca tormentosa”. Entonces volvió y dijo a Mamá: “Déle a la nena estos polvitos cada dos horas y mantenga la cataplasma en su pechito.” Entonces siguió adelante en la plática. “Por fin a través de la espesa nevasca vi unas lucitas un poco adelante. Resulta que eran las de la iglesia y yo me animé a entrar. Una mujer estaba predicando. Yo me quedé en la entrada para no interrumpir el servicio e ¡imagínese!. Cuando ella terminó, apagó las luces y desapareció. Ella había estado predicando, ¡créame! No había ni una sola alma en la iglesia excepto su servidor, y ella no sabía que yo estaba”.

“Qué sorpresa!” exclamó Mamá echando un vistazo a la Abuelita.

“Y ¿sabe qué?” dijo el doctor seriamente, “Jamás en mi vida voy a olvidarme de sus dos sermones. El primero trató de ‘Qué aprovechará el hombre si ganare todo el mundo y perdiera su alma?’ Pues este me hizo decidir quedarme aquí en el valle donde mi familia tendrá oportunidad de acordarse de Dios . . .”

“¡Gracias a Dios!” gritaron Mamá y la Abuelita a una voz.

El doctor siguió diciendo: “Entonces yo pensé entre mí; ‘Si una mujercita solita tiene valor para desafiar una nevasca tormentosa para cumplir con un deber en la iglesia y predicar a las bancas vacías, no hay lugar en todo el mundo demasiado pequeño para un inútil palo como yo’. Yo siempre he sabido que estoy donde Dios quiere que yo esté”.

Una lágrima corrió sobre el rostro del médico. Todo quedó silencioso. Betty dejó de lloriquear. “Se alivio,” dijo el doctor, y volteándose dispuso ver en que forma podía ayudar a Consuelito. Se veía una vez más la grandeza de su corazón compasivo que tiene para todos los seres vivos, sean perritos, o niñitos. Consuelito, contenta chupaba el biberón de Betty y fácilmente se echó de ver que en poco tiempo estaría sana otra vez.

“Sí, Hermanas” dijo el doctor levantándose para retirarse “nada en todo el mundo es igual a estar en el lugar donde el Señor quiere que uno esté”.

“Nada”, repitió Abuelita, “nada”.

“Gracias, Señor,” dije en mi corazón, “por la gente que así siente”.